

favorablemente de este hombre. Le encuentra en el templo, le vé orar con modestia, con recogimiento, con fervor. Es unicamente por el titulo de su profesion que le coloca en el rango de los grandes pecadores. Cómo si las profesiones las más espuestas al pecado no pudieran producir santos. El juicio que hace es desde luego temerario en sí, y enseguida, en el hecho, absolutamente injusto. Así su orgullo, que le ha hecho violar la caridad, le hace tambien faltar á la justicia. No hay desorden al cual no conduzca esta detestable pasion ¹.

No solamente el fariseo afecta un menosprecio reprensible por todos los hombres, y especialmente por el publicano, sínó que hace entre ellos y él mismo una comparacion más insultante todavia. Tal es la marcha ordinaria del orgullo. Vosotros podeís notarla en todos los que están tocados de ello; y examinandoós con atención, encontraréis quizás esta inclinacion en vosotros mismos. Compa-

1. Qué pues, esclama san Juan Crisostomo, hom. de pharis. et public., hablando del fariseo, habeis visto al publicano arrebatarse el bien ajeno, apoderarse de lo que no le pertenece, recojer en donde no habia sembrado, amontonar lo que no habia desparramado? Nada habeis visto de parecido; que veís en él, sínó un hombre abatido y humillado, que, el rostro posternado en tierra, colpea su corazon cómo el autor de todos sus crímenes; que no se atreve á levantar los ojos al cielo, de temor de que los astros no séan sus acusadores, ó de miedo de ver la multitud de sus pecados escritos en el firmamento; que se aleja del templo cómo ya juzgado, que suplica que se tenga piedad de él, cómo ya condenado; sin embargo, es á este hombre que insultais; hay nada más inicuo? Tal es la injusticia que san Bernardo censura en este fariseo que decia hablando del Salvador, que *si fuera profeta sabria que la mujer que le tocaba era pecadora*, Luc. vii, 39. « Os engañais, dice este padre, llamandola con este nombre, cuando la veís á los pies de Hijo de Dios regandolos con sus lagrimas, enjugandolos con sus cabellos, besarlos con su boca, ungiendolos con un precioso perfume. » Nada es más comun entre cristianos que proceder así: parecidos á los fariseos, se comparan siempre con los que créen por debajo de ellos con relacion á la gracia, para alimentar su orgullo; en lugar de compararse con los mejores que ellos. (Monmorel, Hom. 10. sem. despues de Pentec.).

rarse con complacencia con los que están por debajo de sí, porque se apercibe un pretexto para glorificarse; pero se evita el ponerse en paralelo con los que están por encima, porque se descubriría motivos demasiado fundados para humillarse. Ah! sí tenemos que compararnos con alguien, que sea con los santos, que la Iglesia presenta á nuestros homenajes y á nuestra imitacion; esa es la comparacion que nos será util. Sus ejemplos darán instrucciones á nuestra ignorancia, remedios á nuestra imperfeccion, apoyos á nuestra debilidad, estímulos á nuestra cobardia, respuestas á las excusas vanas de nuestra tibieza. Contemplandoles, verémos lo que debemos sér. Considerando el intervalo que nos separa de ellos, nos estimularémos á franquearlo. Tengamos la noble emulacion de ser iguales á los grandes santos; y no la baja y necia vanidad de ser superiores á los grandes pecadores.

» El fariseo se glorifica por no estar en el numero de los criminales; de no sér ladrón, injusto, adultero. Hermoso motivo de gloria, sin duda, el no estar manchado por algunos crímenes enormes. Qué diriamos de un ladrón que se vanagloriara de sér virtuoso, porque no hubiera nunca asesinado? Pero es la continuacion natural y ordinaria de la comparacion que hacemos con frecuencia de nosotros mismos con los demas. Buscamos los que son todavia más viciosos que nosotros para autorizarnos á sérlo un poco menos que ellos. Disfrutamos con una alegria maligna con sus defectos, creyendo que ellos justifican los nuestros. Juzgamos con una grande severidad las pasiones de las cuales nos créemos exentos, y con una estremada indulgencia las que estamos obligados á reconocer en nosotros. El libertino teme el parecer ambicioso, y el ambicioso se avergonzaria de caer en el libertinaje. El avaro detesta al orgulloso, que á su vez menosprecia al avaro. Pareceria que nuestros vicios reciprocos debieran darnos indulgencia á los unos para los otros; que debiesen ellos establecer en la sociedad un tratado de tolerancia mutua. Porqué son entre nosotros un continuo motivo de oposicion, de maledicencia y de querellas? Es el efecto de la vanidad de la cuál están acompañados ¹. El discurso del fariseo

1. Inter superbos semper jurgia sunt (PROVERB. XIII, 10). — Qui se jactat, et dilatat, jurgia concitat (Idem, XXVIII, 25).

está en todos nuestros corazones. Cada uno se aplaude descubriendo en los demas, defectos de los que se cree exento, y que juzga infinitamente más graves que los suyos. Y como este fariseo que no piensa ni en su orgullo, ni en su hipocresía, ni en todos los demas vicios suyos, desvíamos nuestros ojos de los defectos graves y numerosos que hay en nosotros, para no ver más que los de nuestro progimo. Advertimos hasta la menor cosa que altera su ojo; no vemos la biga qua ofusca el nuestro ¹.

» El fariseo se glorifica de no tener los vicios que él censura en los demas. Está muy seguro de no estar manchado? Puede solamente asegurarse de no haber cometido los actos exteriores; pero él ignora que es en la voluntad que reside principalmente el pecado, y que un consentimiento formal, dado á un pensamiento ilícito, basta para hacer culpable á los ojos de Aquel que sondea los corazones. Yo no soy ladron, dice, es decir, no he arrebatado por astucia ó por violencia el bien de otro. Pero no há mirado nunca con envidia el bien de su progimo? Pero no há arrebatado por sus maledicencias un bien más precioso todavia que su fortuna? No soy injusto, es decir, no hé pronunciado en los tribunales sentencias injustas. Pero olvida él estos juicios, no solamente temerarios, sino falsos, y por consiguiente, injustos, que su amor propio le hace dirijir contra su progimo, y de los cuáles el publicano es en este momento mismo una victima? Yo no soy adultero, es decir, yo no há manchado con mis debordamientos la santidad del lecho nupcial. Pero sus miradas avidas, sus deseos impuros, no han colocado este crimen en su corazon? Hay en esto una continuacion de las maximas de la secta farisica. Cómo estos hombres, así como Jesucristo se lo censuraba, no hacian buenas obras más que para ser notados por los demas², hacían consistir toda su virtud en las acciones exteriores. Limpiaban con atencion escrupulosa el exterior del vaso,

1. Quid autem vides festucam in oculo fratris tui, et trabem in oculo tuo non vides (MATTH. VII, 3)?

2. Omnia vero opera sua faciunt ut videantur ab hominibus (MATTH. XXIII, 5).

y le dejaban lleno de manchas y de suciedades ¹; y con tál que ellos apareciesen á los ojos del publico cómo sobervios mausuleos que atraen las miradas, ellos se embarazaban poco que su interior no fuese más que podredumbre é infeccion². Este trastorno de ideas, demasiado comun, aun en el cristianismo, es diametralmente opuesto á los principios de la religion, cuyo objeto es el de formar adoradores en espiritu y en verdad³. La ley divina manda al espiritu, sujeta la voluntad, cautiva el corazon, encadena los deseos. A los ojos de Dios, el culto exterior no tiene precio más que el que saca del culto interior. Las obras las más admirables no son meritorias más que por el sentimiento que las produce ⁴.

Y es tambien un punto por el cuál peca la jactancia del fariseo. El se alaba de no haber cometido grandes crímenes. Pero cuál es el motivo que le há preservado? Es el deseo de ser justo delante

1. Væ vobis, scribæ et pharisæi hypocritæ, quia mundatis quod de foris est calicis, et paropsidis; intus autem pleni etis rapina, et immunditia (*Idem*, 25).

2. Væ vobis, scribæ et pharisæi hypocritæ, quia similes estis sepulcris dealbatis, quæ a foris parent hominibus speciosa; intus vero plena sunt ossibus mortuorum, et omni spurcitia (*Ibidem*, 27).

3. Sed venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Patrem in spiritu et veritate. Nam et Pater tales quærit, qui adorent eum. Spiritus est Deus; et eos, qui adorant eum, in spiritu et veritate oportet adorare (JOAN. IV, 23 et 24).

4. *Non sum sicut cæteri hominum.* 1º Superbiæ hæc vox falsissima est. Primo, quia omnes homines sunt peccatores. *Si dixerimus quoniam peccatum non habemus, ipsi nos seducimus, et veritas in nobis non est.* I. JOAN. I, 8. Secundo, quia omnes homines sunt fragiles, et ad malum proclivi. « Homo sum, et nihil humani a me alienum puto. » — 2º Pauci quidem illud *non sum sicut cæteri* pronuntiant ore; multi vero in abscondito cordis (SCHOUPE, *Evang. illustr.* dom. 10. post Pentec.). — *Non sum sicut cæteri hominum.* Ostendendum, cur nullus se aliis præferre debeat 1º Quia alia sunt judicia Dei, quam hominum. 2º Quia de nostris nobis vitiis et peccatis constat, non autem de aliorum, cum interiora non cognoscamus. 3º Quia ignoramus, an permansuri simus in bono, si quod habeamus (LOHNER, *Biblioth. Index conc.* dom. 10. post Pentec.).

de Dios? nó; es la pretension de aparecer tál á los ojos de los hombres. Y cuántas de nuestras acciones están infectadas de este desgraciado vicio! No está prohibido, sin duda, está tambien ordenado el parecer virtuoso; pero un precepto anterior á áquel, más positivo y más estricto, es el de sérlo. La edificacion del progimo es un deber, pero la ostentacion es un pecado. La diferencia entre la una y la otra está en la intencion que las produce. La una deja ver las buenas obras para procurar la salvacion de los hombres; la otra las exhibe para atraerse su estimacion. La una no busca más que la gloria de Dios; la otra corre unicamente detras de la suya propia. Hay entre ellas toda la distancia que entre la caridad y la vanidad, de las cuáles emanan¹. »

1. La Luz. *Expl. des Évang.* 10^e dim. apr. la Pentec. — *Gratias ago tibi.* « Non reprehenditur, ait S. Augustinus, serm. 36 citato, quod Deo gratias agebat, sed quia nihil sibi addi cupiebat. Qui dicit : Ego me justum facio, peior est pharisæo qui superbe se justum dicebat; sed inde tamen Deo gratias agebat. » — Audi S. Bernardum, tract. De Grad. humil. : « Gratias agit, non quia bonus, sed quia solus; non tam de bonis quæ habet, quam de malis quæ in aliis videt. Nondum de suo trabem ejecerat, et festucas in oculis fratrum enumerat. Nam subdit : « injusti, raptores, » etc. Vide eundem, serm. 13 in Cant., ubi docet gratiarum actionem superbam et fictam displicere Deo. — *Quia non sum sicut cæteri hominum.* « Diceret saltem, ait S. Augustinus, non sum sicut multi homines. Quid est, sicut cæteri homines, nisi omnes homines, præter ipsum? Ego, inquit, justus sum; cæteri, peccatores, » q. d. Ego solus sum justus, cæteri omnes sunt scelerati. Superbus enim, ut se summe extollat, summe alios contemnit et deprimit. Hæc est ejus φιλαυτία, qua ita sibi placuit, ut alii omnes displiceant. — S. Gregorius, lib. xxiii. Moral. cap. 7, in hoc pharisæo notat quatuor species superbiæ. *Prima* est, cum quis bonum, v. g. virtutem, a se habere putat; *secunda*, cum suis meritis illud tribuit; *tertia*, cum putat se habere id quod non habet; *quarta*, cum quis vult esse singularis, ideoque alios despicit et vituperat : harum tres ultimæ in hac superba et ficta pharisæi justitia clare elucent. Prima quoque in eo fuit, quia virtutem suam, non Deo, sed suo labori adscribebat. « Omnino enim, ait Theophylactus, si credidisset, quod per gratiam (Dei) haberet aliena bona, non contempsis-

III. — *Necesidades que el fariseo se reconoce.* — Cuando se presenta delante de Dios despues que le há dado gracias por los bienes que él nos há acordado, se debe pensar en las necesidades que todavia se tienen; necesidades para el cuerpo y necesidades para el alma, necesidades para si mismo y necesidades para los suyos, necesidades para el tiempo y necesidades para la eternidad. Nuestra miseria es tån grande, que no hay nada que no sea para nosotros un motivo de necesidad. Pero no es eso lo que podria desanimarnos. Porque si tenemos numerosas necesidades, Dios puede satisfacerlas á todos, y una de las ocupaciones del alma en la oracion debe sér precisamente el pasar revista á estas necesidades y espo-

set alios, considerans quod etiam ipse nudus esset, quantum ad suam virtutem attinebat. — *Velut etiam hic publicanus.* Ecce, ex vicino publicano major est pharisæo tumoris occasio, ait ex S. Augustino Interlinearis; Syrus, *neque sicut hic publicanus*; supple : sum publicus peccator. Ex superbia temere et falso judicat publicanum esse sceleratum, cum tamen ille jam esset pœnitens et justificatus. Peccat ergo *primo*, judicio temerario; *secundo*, contemptu publicani; *tertio*, convicio et contumelia, exprobrat enim publicano sua peccata. Audi S. Chrysostomum, in *Catena* : Non satiaverat ejus contemptum tota humana natura, sed et publicanum aggressus est. Multa autem mala facit, qui aliis conviciatur : *Primo*, audientem reddit pejorem; si enim peccator est, lætatur invento criminis collega; si justus, extollitur, de se magna putans. *Secundo*, Ecclesiæ communitatem lædit; hanc enim vituperant, qui eum audiunt. *Tertio*, Deum blasphemari facit. *Quarto*, illum cui conviciatur, impudentiorem facit, et sibi adversarium. *Quinto*, se statuit pœnæ obnoxium. — Audi S. Bernardum, tract. De Gradib. humil. : « Pharisæus, dum in se singulariter exultat, aliis arroganter insultat. David autem aliter; ait enim : *Omnis homo mendax.* Neminem excipit ne quem decipiat, sciens quia omnes peccaverunt, et omnes egent gloria Dei. Pharisæus se solum decipit, quem solum excipit, dum cæteros damnat. Propheta se non excipit a communi miseria, ne excipiatur a misericordia; pharisæus exsufflat misericordiam, dum dissimulat miseriam. Propheta affirmat tam de omnibus, quam de se : *Omnis homo mendax*; pharisæus confirmat de omnibus præter se : *Non sum*, inquit, *sicut cæteri hominum* » (CORN. A LAP. *Comm. in Luc.* xviii, 12).

nerlas á Dios. Pues es eso lo que hace el fariseo de la parabola evangelica? Se reconoce las necesidades? Reconoce muchas de ellas? Delante de Dios adonde há ido á colocarse tan fastuosamente, su pensamiento está ocupado en averiguarlas y en formar la lista de ellas?

No, no es éso lo que le ocupa delante de Dios. Muy lejos de pensar en las numerosas cosas de que tiene necesidad, se entretiene y entretiene á Dios con cosas que cree tener en abundancia, y cuya áparente posesion lisonjea su orgullo. *Yo ayuno, dice, dos veces por semana, y doy el diezmo de todo lo que poseo*¹. Deplorable aberracion! Qué no pierde desviando sus ojos de sus necesidades, y qué gana en fijarlos en sus pretendidas buenas obras, que no son yá, en efecto, buenas obras desde que ellas están hechas por un espíritu de ostentacion! Si fijára sus miradas en sus necesidades, aprenderia á conocerse, y á conocer á Dios que solo puede provéer, doble conocimiento que es la primera y la más necesaria de todas. En lugar de esto, él se complace con el pensamiento de obras exteriores que le atraen las a. abanzas de los hombres, pero ciegan su espíritu, haciendole considerar cómo siendo lo esencial de la religion las praticas ostensibles, el ayuno no prescrito, el pago del diezmo más allá tambien de lo que la ley ordena, y otras observancias parecidas².

1. Duo tantum recenset opera: *Jejuno bis in sabbato, decimas de omnium quæ possideo*, quasi in his solis perfectio consistat. Ubi manet elemosyna, orationis ala altera? Ubi opera reliqua? Ita nimirum multi ad sola externa opera attendunt, interna vero negligunt; nec curant, bona an mala intentione ea fecerint; denique, modo unum aut alterum opus faciant, unum aut alterum præceptum impleant; jam se justos reputant, non audientes dicentem Dominum: *Hoc oportet facere, et illud non omittere*. Unde S. Gregor. lib. x. Mor. c. 17, ait: «Pharisæus civitatem cordis sui insidiantibus per elationem aperuit, quam frustra per jejunium et elemosynas clausit. Incassum munita sunt cætera, cum locus unus, de quo hostis patet aditus, munitus non est» (FABER, *Op. conc. dom.* 10. post Pentec. conc. 3, n. 1).

2. Damna quæ infert vana jactancia: 1º Perdit opus bonum quod

Este desgraciado defecto farisaico, dirémos tambien con el ilustre orador que hémos yá citado, no se encuentra todavia algunas veces en el seno del Cristianismo? Y lo que es más doloroso aun, es el ver personas, viviendo por otra parte con una especie

agit. 2º Peccatum insuper incurrit. 3º Perdit gloriam et gratiam, et incurrit odium. 4º Prodit inanitatem propriam. 5º Derisionem meretur et reportat. 6º Perdit sæpe donum, de quo se jactat (FABER, *Op. conc. dom.* 18. post Pentec. conc. 5 Auctarii) — Dices: Etiam viri sancti laudes suas et bona opera quandoque pronuntiant etiam cora Domino, nec tamen reprehenduntur. Sic Ezechias dicit: *Memento, Domine, quomodo ambulaverim coram te in corde perfecto*, Is. xxxviii, 3. Sic etiam Job de se pronuntiat: *Oculus fui cæco, pes claudus, justitia industus fui*, etc. Job. xxix. 14 et 15. Similiter et sanctus Paulus: *Plus omnibus laboravi*, etc. I. Cor. xv. 10. — Ad primum respondet beatus Eucherius, lib. IV. in libros Reg., comparans Ezechiam et pharisæum. «Ecce, inquit, pharisæus se justificat in opere, Ezechias justum etiam se asseruit in cogitatione et unde ille offendit, iste inde Domino placuit. Cur hoc, nisi quia Dominus singulorum verba pensat, et in ejus aure superna non sunt quæ humili corde proferuntur?» Hæc Beatus Eucherius. — Ad secundum respondet Isidorus, comparans Job cum pharisæo qui redarguitur, et tamen Job a Domino laudatur. Ille pharisæus (inquit ipse) nemine impellente, ingressus est gloriæ illam orationem, ideoque superbiæ morbo laborabat. Qui vero ad causæ suæ probationem errata tegit sua ac bona aperit, a reprehensione vacuus est, interim culpa in improbi injustique covitii auctore residente. Ito divinum suffragium illum quidem pharisæum qui nulli impulsu justitiam suam venditavit ac reliquos omnes condemnavit explosit omnino? Hunc vero necessitate adductum summæ laudationis laurea et corona ornavit.» Hæc Isidorus. — Ad tertium idem respondendum cum sancto Anselmo. Nam sanctus Paulus dicit, postquam laudes suas recitavit: *Factus sum insipiens, vos me coegistis*. II. Cor. xii, 11. In quem locum sic iterum sanctus Anselmus; factus sum insipiens secundum quod in exterioribus verbis sonat, quia videor merita mea prædicasse; sed non hoc jactanter, immo necessitate compulsus feci pro vestra utilitate, quia vos me coegistis loqui, qui non recte de me sentiebatis, et falsos apostolos mihi præferebatis (MARCHANT, *Rat. Prædic. dom.* 10. post Pentec.).

de regularidad, y gozando de una reputacion de piedad, sér de ello atacadas. Al éjercicio de las virtudes estrictamente mandadas por el Evangelio, se sustituye las practicas piadosas, pero no necesarias. Se abandona los deberes esenciales de su estado, por observancias minuciosas. Así, el hombre há llegado al extremo de abusar de todo, aun de la piedad. Así, por una falsa idea de santidad, se dá á los libertinos y á los incredulos un pretesto para calumniar la misma santidad. Las obras de subrogacion pueden sér el suplemento de los deberes; jamás pueden ellas llegar á emplearlas. Útiles, si son añadidas, son reprehensibles cuando ellas son substituidas. Esta destruccion de la moral evangelica depende de dos causas diferentes. En las personas instruidas, cómo el fariseo, es la hipocresia, es el deseo de obtener homenajes debidos á la piedad, á costa de la piedad misma, y de adquirirlos de la mejor manera posible; porque la practica de algunas obras religiosas es mucho más facil que el cumplimiento exacto y sostenido de todos los deberes. En las personas sencillas, es la ignorancia, falta de luces, falso celo.

No solamente las alabanzas que se prodiga el fariseo son viciosas en su objeto, sinó ademas culpables ¹. El cristiano, instruido por la sabiduria divina, las merece y no se las dá. Deja á los otros el cuidado de hacer su elogio, pero no se encarga él de ello ². El Señor le há dicho que todo arrogante está en abominacion delante de él ³, y que el orgullo es odioso á Dios y á los hombres ⁴. Y juzguemos por el efecto que producen en nosotros mismos estos hombres que nos encontramos demasiado frecuentemente en la sociedad, llenos y satisfechos de su propio merito, queriendo ocupar á todos los demas, y fatigando nuestros oidos con la exhibicion fastidiosa de sus talentos, de sus conocimientos, de sus virtu-

1. Vae qui sapientes estis in oculis vestris, et coram vobismetipsis prudentes (Is. v, 21)!

2. Laudet te alienus, et non os tuum: extraneus, et non labia tua (Prov. xxvii, 2).

3. Abominatio Domini est omnis arrogans (Idem, xvi, 5).

4. Odibilis coram Deo est et hominibus superbia (Eccl. x, 7).

des, de todos generos de su pretendida superioridad. Imaginan conciliarse nuestra consideracion y nuestras atenciones, y por un justo castigo de su necia vanidad, no se atraen ellos más que nuestros desprecios. Pero qué! no es jamás permitido al justo darse las alabanzas que merece, y hacer conocer las buenas obras de las cuáles há llenado su vida? No exageremos los deberes; y al la lo de los preceptos de nuestra santa ley, coloquémos las prescripciones que ella nos señala. El cristiano atacado por la calumnia tiene derecho, sin duda, á disculparse. Es tambien una obligacion en aquel cuyo ministerio exige una reputacion intacta. El debe á las funciones de que está encargado el no dejarlas envilecer por acusaciones injustas. San Pablo llenaba este deber, cuando, para lavarse de los reproches que le eran dirigidos, detallaba á los de Corinto, yá los penosos sufrimientos que ha tenido por el Señor, yá las gracias señaladas que habia recibido. Job no pecaba tampoco, cuando á las detracciones de sus crueles amigos, oponía él al detalle sus virtudes y sus buenas obras. Distingámos la apologia del panegirico. Nó confundámos la justificacion y la jactancia. Es completamente diferente el no dejarse oprimir por la calumnia, ó el pretender aplastar á los demas con su superioridad. Una justa defensa no es el orgullo ¹. »

IV. — *Lo que el fariseo pide a Dios.* — La oracion no consiste solamente en adorar á Dios y en darle gracias por los bienes que nos há acordado; el espiritu no debe estar ocupado más que en pensar en nuestras necesidades; no son esos más que actos preparatorios para la oracion. Lo que constituye propiamente á esta, es la peticion; orar, es pedir. Si se principia por adorar á Dios y agradecerle los bienes que nos há otorgado, es para disponerle bien en nuestro favor, tributandole deberes; si se debe pensar en las nece-

1. La Luz. loc. cit. — Certe mendicantes laceris prodeunt vestibus, et vulnera ac mutila membra sua ostendunt, ut prætereuntes ad commiserationem excitent. Stultus foret, qui petiturus eleemosynam annulis et torque aureo sese adornaret. Hoc autem fecit pharisæus, qui cum ad Dei beneficia impetranda miserias suas recensere deberet, recenset opera bona (FABER, *Op. conc. dom.* 10. post Pentec. conc. 3, n. 2).

sidades que se tiene, es para saber lo que es preciso pedir á Dios. Pero es en esta peticion á Dios, que él nos acuerde tales ó cuáles gracias, en que consiste propiamente la oracion.

Pues qué es lo que el fariseo de nuestra parabola pide á Dios? Completamente ocupado en sus pretendidos meritos y cegado por su orgullo que no le deja ver ninguna de sus necesidades, este fariseo no pide nada á Dios. « No implora la remision de sus pecados, creería injuriar á su inocencia, ni la reforma de sus defectos, no se reconoce ninguno; ni el aumento de sus virtudes, las cree poseer en el mas alto grado; ni la gracia de la perseverancia, él se guarda mucho de dudar en sus fuerzas. Mientras que los más grandes santos nó realizan su salvacion más que con temor y temblando ¹; no están sin miedo por los pecados que les han sido perdonado ²; no cesan de pedir perdon, yá de sus faltas que ignoran, yá de las de otros en las cuáles han podido participar ³; mientras que estos modelos de perfeccion no están seguros de su perseverancia, y que hasta en los puros espíritus que rodeán su trono, Dios advierte imperfecciones ⁴: este hombre enchido de orgullo, y gangrenado de hipocresia, atreve á creerse sin mancha! Su insolente presuncion le coloca en un punto de pureza en donde no hay yá ni medio de elevarse, ni riesgo de decaer. Ceguedad funesta, que es á la vez, yá el efecto, yá el primer castigo de su detestable pasion. Juicio justo, que castiga al orgulloso por la vanidad misma de sus pensamientos. Juicio terrible, que le despoja de su ultimo recurso. Dios permite que, desconociendose él mismo, pierda hasta la idea de convertirse. Le deja caer en el estado de estos enfermos á quiénes no queda, ni el conocimiento de su mal, ni el sentimiento de sus necesidades, ni el deseo de su curacion ⁵.

1. Cum metu et tremore vestram salutem operamini (PHILIPP. II, 12).

2. De propitiato peccato noli esse sine metu (ECCLE. V, 5).

3. Ab occultis meis munda me; et ab alienis parce servo tuo (Ps. XVIII, 13).

4. Ecce qui serviunt ei, non sunt stabiles, et in angelis suis reperit pravitatem (JOB. IV, 18.)

5. La Luz. loc. cit.

No pidiendo nada para él, pedirá por lo menos alguna cosa para los demás? Sin duda vé perfectamente y aun con exageracion, los defectos ajenos y, por consiguiente, conoce algunas de sus necesidades. Sino exclusivamente ocupado de sus cualidades y de sus vicios y defectos, nó piensa en ninguna otra cosa. Se vé que si se le ocurriera pedir á Dios algo para los demas, no lo haria; por que temeria, que no le llegasen á ser, por los dones de Dios, meros inferiores, lo que heriria su orgullo, Asi es que este no destruye en él solamente la clara vision del espíritu; sinó que le quita totalmente la caridad del corazon.

Nó nos acontece, cristianos, el imitar demasiado en esto al fariseo, es decir, el terminar la oracion sin haber pedido nada á Dios ni para nosotros, ni para los nuestros, ni para nuestro prójimo? Nuestra boca há pronunciado quizás palabras llenas de fervor y de suplicas; pero nuestro corazon no se há asociado á nuestros labios, y no ha pedido nada á Dios. Es porque nosotros tampoco conocemos nuestras necesidades ni las de nuestros semejantes? Nuestra poca fé esplicaria facilmente nuestras pocas luces. Pero que sea por esta causa ó por otra el que no pidamos nada á Dios, nuestra omision nó reduce menos á la nada nuestra oracion. Porque si Nuestro Señor há dicho que Dios acuerda todo lo que se le pida cómo es preciso, es, por otra parte, un proverbio que quién nada pide, nada obtiene.

Conclusion. — Teniéndose en una actitud orgullosa, desgarrando á su prójimo delante de Dios bajo pretexto de dar las gracias, complaciéndose en sus pretendidas buenas obras antes que averiguar sus necesidades, en fin nó pidiendo nada á Dios en el acto mismo de la oracion, el fariseo de nuestro Evangelio nos suministra el ejemplo y el tipo de una oracion mal hecha. Son, pues, esos otros tantos defectos que debemos tener cuidado de evitar, si queremos nó hacer malas oraciones. Por consiguiente, cuando oremos, nó estemos en una actitud indecente, no establezcámos paralelo deventajoso con nuestro prójimo, nó revisémos nuestras buenas obras, y no menospreciémos el pedir á Dios áquello de que estémos necesitados. Orando mal, podemos estar seguros de la

ineficacia de nuestras suplicas. Mucho más; no solamente nuestras oraciones seran inútiles, sino que aumentarán nuestra culpabilidad delante de Dios, segun esta palabra del Espiritu Santo: *Maldito sea quien hace mal la obra del Señor* ¹! No incurramos en esta maldicion por una obra, quiero decir la obra de la oracion, destinada á procurarnos todas las bendiciones de aqui bajo, así como la eterna bendición del cielo, que os deseo. Así sea.

DECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

TERCERA INSTRUCCION.

La Oracion del publicano.

I. Sus acciones. — II. Sus palabras.

El publicano del cuál nos traza el retrato Nuestro Señor en el Evangelio cuya lectura acabo de dáros, es considerado por los Santos Padres cómo el tipo y el modelo de los pecadores arrepentidos que se dirijen á Dios para implorar su misericordia. Pues, porque todos somos pecadores, y que todos debemos arrepentirnos, no puede sérnos más util considerar y estudiar este modelo, á fin de poder imitarle. Es por esto que os invito á dirigir vuestras piadosas reflexiones, primeramente sobre sus acciones, en segundo lugar sobre sus palabras ².

1. Jer. XLVIII, 10.

2. *Et publicanus a longe stans, nolebat nec oculos ad cælum levare, etc.* Ecce verus pœnitentis habitus describitur in publicano... Publicanus ille pœnitens, templum ingressus, peccatorum mole, decurvata cervice, et oculorum palpebris, gravi morbo compressis, cœlum non audebat aspicere, et retro gradum timidus revocat, et extremum se, non tam loco, quam conscientie judicio sistit, et veniam impetrat. « Agnovit peccata, et deposuit peccata, ait Chrysost. hom. de David et Saul, et criminum accusatio, facta est illi, criminum remissio. » Quot labores erant su-

I. — *Acciones de las cuáles el publicano acompaña su oracion.* — Nuestro Señor há tenido cuidado de señalarnoslas todas, porque no hay ninguna que no sea á la vez edificante é instructiva.

beundi publicano, jejunando, humi dormiendo, vigilando, bona sua egenis impertiendo, etc., ut illa tam multa peccata posset deponere? At nunc cum nihil tale fecerit, simplici verbo omnem deposuit iniquitatem. Miror igitur vocem mundanorum hominum, hujus publicani exemplo sibi blandientium, et dicentium: Tetricus mihi vivendi modus, ille est, ut ætatem floridam, in contiuis lamentis, et pœnitentiæ actibus impendam. Facilis peccato est venia, dummodo longo post tempore, verus e profundo cordis cum publicano exurgat gemitus, et flebilis illa erumpat vox: *Deus, propitius esto mihi peccatori.* Falleris, o christiane, in hoc confidens! Samson inermis mandibula asini peremit hostes; num ideo omnis, inermis descendet in prælium? Quod alicui gratiose conceditur, ab aliis non debet trahi in exemplum; reprehensibiles enim valde sunt, qui in exemplis, in fine resipiscentium confisi, pœnitentiam differunt. Verum quidem est, quod misericors Deus, qualibet hora ingemiscente peccatori promiserit veniam, non tamen quod veram compunctionem dare, aut ad illam usque nos expectare velit. *Nemini dedit spatium peccandi.* Eccli. xv, 21 (Mansi, *Biblioth.* Index conc. dom. 10. post Pentec.). — La oracion del publicano. No ofrece nada de censurable, sino mucho de laudable, á saber. 1º su humildad a) *Permanecia alejado.* En el vivo sentimiento de su indignidad, no se cree digno de aproximarse al santuario... b) *no se atrevia á levantar los ojos al cielo.* El pensamiento de sus faltas le cubria de confusion, y temblaba por comparecer en la presencia del soberano Juez. — 2º Su contrition. a) *Se golpeaba su pecho,* reconociendo por eso que era culpable, que se atribuia la responsabilidad de sus pecados, y que no ofrecian ellos escusa alguna... b) El esclama en la congoja de su corazon: *Señor, tened piedad de mí que soy un pecador.* No cuenta sus buenas obras, cómo el fariseo; no se coloca por encima de los demas, etc. — 3º Su confianza. Apesar de su indignidad, no desespera, sino que pone toda su confianza en la bondad y misericordia divina, que no rechazan al pecador contrito y humillado (Dehaut, *El Evangelio explic.* 2, p. sec. 5). — *Publicanus a longe stans, etc.* I. Caracteres de la humildad. Primer caracter: Del hombre humilde. 1º *Publicanus a longe stans.* La humildad es siempre retraida; no se exhibe, se aleja de todo lo que sea ostentacion, ama la vida oculta, oscura, desconocida. Los humildes se alejan de todo